

LA ESCUELA LANCASTERIANA O MUTUA¹

El día a día de los alumnos

La escuela lancasteriana, conocida en Francia como escuela mutua, fue un sistema de enseñanza que alcanzó una importante difusión durante las primeras décadas del siglo XIX. Había sido desarrollado principalmente en Inglaterra por Andrew Bell y Joseph Lancaster, y comenzó a implantarse en Francia a partir de 1815. Su propósito era resolver un problema muy concreto: había una gran cantidad de niños sin escolarizar y muy pocos maestros preparados para atenderlos.



La solución consistía en reunir a cientos de alumnos en una misma sala, bajo la dirección de un único maestro. Este no enseñaba personalmente a todos, sino que se valía de los alumnos más adelantados, llamados monitores, para transmitir las lecciones y controlar el trabajo de pequeños grupos. De este modo, un solo adulto podía dirigir una escuela de doscientos, trescientos o incluso más niños.

No todas las escuelas mutuas funcionaron exactamente de la misma manera, pero existía una reglamentación muy minuciosa que buscaba uniformar los movimientos, los ejercicios y la disciplina.

Una enorme sala organizada como un mecanismo

La escuela mutua funcionaba generalmente en un salón amplio y rectangular. En el centro había largas filas de bancos y pupitres, colocados de manera paralela. Alrededor de las paredes quedaban espacios libres donde se realizaban los ejercicios de lectura.

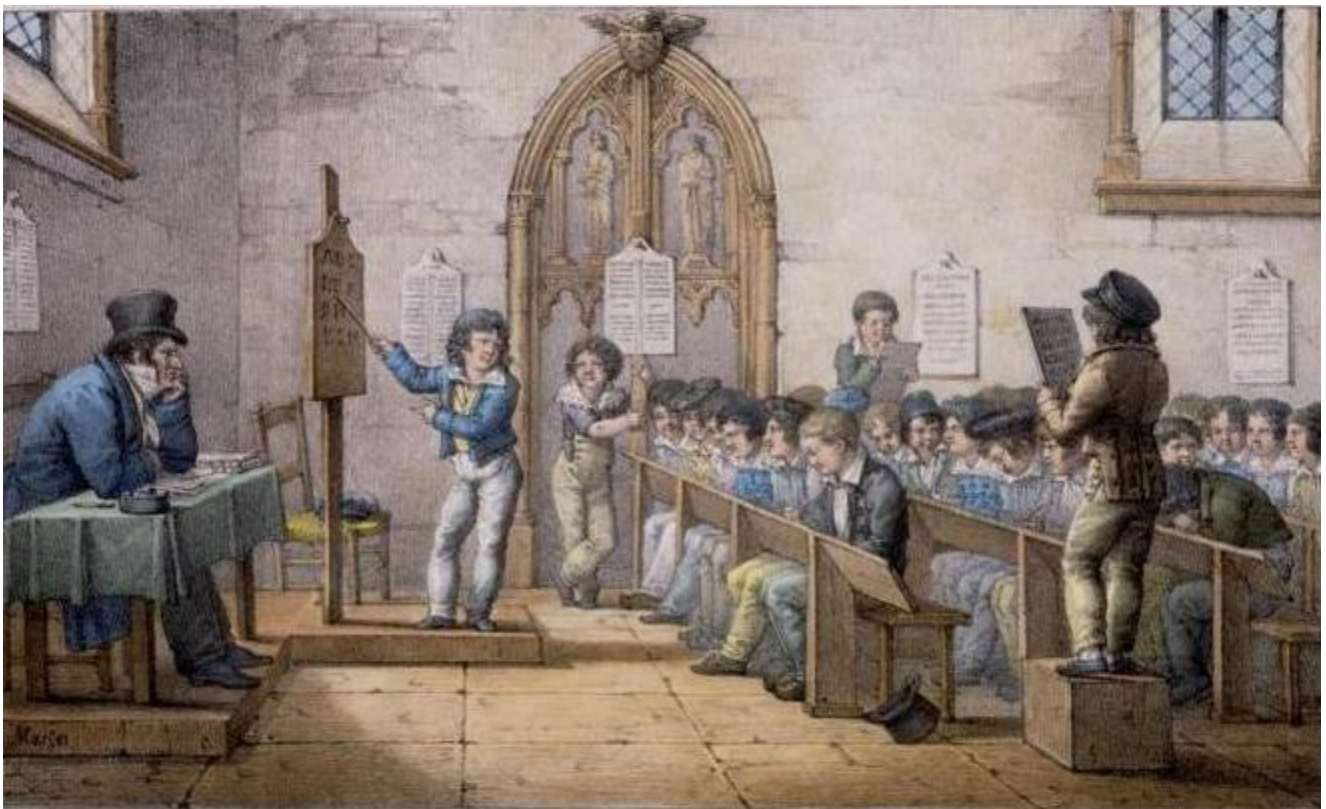
En las paredes se colgaban grandes carteles con letras, sílabas, palabras, números, operaciones matemáticas o textos breves. Así se evitaba comprar un libro para cada niño. Un mismo cartel era utilizado por los distintos grupos de alumnos.

¹ Fuentes: Persée, *La pédagogie dans les écoles mutuelles au XIXe siècle*. Robert Gildéa, *L'enseignement en Bretagne au XIXe siècle: l'Ille-et-Vilaine, 1800-1914*.

En uno de los extremos del salón se encontraba el escritorio del maestro, generalmente sobre una plataforma elevada. Desde allí podía observar toda la sala. El maestro era semejante al director de una gran maquinaria: impartía órdenes, controlaba a los monitores, indicaba los cambios de actividad y vigilaba que cada grupo cumpliera su tarea.

Los alumnos eran clasificados según sus conocimientos y no necesariamente por su edad. Podía haber ocho niveles diferentes para lectura, otros tantos para escritura y otros para aritmética. Un niño podía estar en un nivel avanzado de lectura, pero en uno inferior de cálculo.

La promoción era relativamente flexible: cuando un alumno dominaba un ejercicio, podía pasar al grupo siguiente sin esperar el final del año. También podía retroceder si su desempeño disminuía. La intención era que cada uno trabajara en el nivel correspondiente a lo que sabía.



La llegada a la escuela

Al comenzar la jornada, los niños no entraban libremente ni se acomodaban donde querían. La entrada estaba cuidadosamente organizada. Se formaban filas y cada alumno ocupaba el lugar que le correspondía. Los monitores ayudaban a revisar la asistencia, el orden, el aseo y, en algunas escuelas, el estado de la ropa y de las manos.

A una señal del maestro —una campanilla, un silbato, una palmada o una orden breve— todos debían entrar, detenerse, sentarse o ponerse de pie. Algunos maestros utilizaban carteles con palabras como “silencio”, “leer”, “escribir”, “levantarse” o “cambiar de lugar”. Las órdenes tenían que cumplirse inmediatamente. Era una organización al estilo militar.

La jornada debía comenzar con una oración o con una breve lectura moral o religiosa. La enseñanza religiosa estaba prevista, pero uno de los puntos discutidos era quién debía impartirla y qué importancia ocupaba dentro de la jornada. Según Juan María el recitar una oración no convierte a la escuela en cristiana, si los maestros no son modelos de virtud para sus alumnos.

Después comenzaba la distribución del trabajo. Los alumnos se separaban en grupos y cada monitor se colocaba al frente de los niños que le habían sido confiados.

Los monitores: alumnos que enseñaban a otros alumnos

Los monitores eran la pieza central del sistema. Se los elegía entre los niños más avanzados, aplicados o disciplinados. Antes de comenzar las clases, o durante un momento especial de la jornada, el maestro les explicaba lo que debían enseñar.

El monitor no tenía mucha libertad para desarrollar la lección. Recibía instrucciones precisas y debía repetirlas fielmente. Su tarea consistía en mostrar letras, palabras o números, hacer repetir la lección, corregir errores sencillos, mantener el orden del grupo, comunicar al maestro los progresos y las faltas y distribuir recompensas o registrar sanciones. También había monitores encargados de funciones generales: pasar lista, distribuir las pizarras, controlar el material, vigilar el silencio o dirigir los desplazamientos.



Así se establecía una verdadera jerarquía infantil. El maestro dirigía a los monitores y cada uno de ellos conducía un pequeño grupo. Los alumnos más avanzados transmitían lo que acababan de aprender.

Este sistema podía favorecer la responsabilidad y el aprendizaje de los monitores, ya que enseñar obligaba a recordar y organizar lo aprendido. Sin embargo, presentaba una dificultad evidente: los niños enseñaban conocimientos que apenas dominaban y no estaban preparados para explicar, comprender las dificultades de sus compañeros o acompañarlos personalmente.

Conflictos

Un grave problema que hacía surgir el sistema era el deterioro de las relaciones entre los propios alumnos. El sistema otorgaba a los monitores -que también eran niños o adolescentes- autoridad sobre sus compañeros: dirigían los ejercicios, corregían las tareas, controlaban la conducta, informaban las faltas y, en algunas escuelas, intervenían en la aplicación de sanciones. De este modo, las diferencias normales entre los alumnos se convertían en diferencias de poder.

Esta jerarquía podía ser utilizada para resolver conflictos o vengarse por situaciones ocurridas fuera de la escuela. Un monitor podía tratar con mayor dureza a un compañero con quien estaba enemistado, denunciarlo por faltas menores, avergonzarlo públicamente o dificultar su progreso dentro del grupo. Del mismo modo, podía favorecer a sus amigos, disimular sus errores o concederles un trato más benévolo. Al depender tanto de la apreciación de un niño, la disciplina corría el riesgo de volverse parcial y arbitraria. La posibilidad de mandar, corregir y acusar a otros compañeros podía fomentar la soberbia, la rivalidad y el deseo de dominación. En vez de favorecer la ayuda mutua, la organización podía producir temor, sometimiento y resentimiento.

Los alumnos más pequeños, tímidos, pobres o con mayores dificultades para aprender quedaban particularmente expuestos. Sus errores eran visibles ante todo el grupo y podían provocar burlas, apodos, humillaciones o exclusión. Aunque en el siglo XIX no se utilizaba el término *bullying*, podían darse comportamientos que hoy identificaríamos como hostigamiento escolar: persecución reiterada, ridiculización pública, amenazas, acusaciones intencionales y aprovechamiento de la debilidad de otro compañero.

Los propios monitores tampoco estaban libres de estas agresiones. Al ser vistos como representantes del maestro, podían despertar rechazo entre sus compañeros. Algunos alumnos podían vengarse fuera de la escuela por una corrección o una denuncia. El monitor quedaba así en una posición difícil, ya que tenía responsabilidades propias de un adulto, pero carecía de la madurez, la preparación y la autoridad real necesarias para afrontar los conflictos.

Además, la constante clasificación de los alumnos según su rendimiento favorecía la competencia. Ascender significaba obtener reconocimiento y, posiblemente, llegar a ser monitor; descender implicaba quedar públicamente señalado. Esto podía generar envidias, rivalidades y acusaciones entre compañeros. La cooperación que el sistema pretendía promover podía transformarse, en algunos casos, en una lucha por conservar la posición alcanzada.

Clases breves y cambios continuos

Una característica muy llamativa era la brevedad de los ejercicios. La jornada se dividía en secuencias de pocos minutos, algunas de apenas cuatro o cinco minutos. A una señal, todos los grupos cambiaban de actividad. Los alumnos se levantaban, marchaban ordenadamente hacia otro lugar y comenzaban un nuevo ejercicio. Eran como batallones de soldados.

Por ejemplo, un grupo podía escribir durante unos minutos en los pupitres; después se desplazaba hacia una pared para practicar lectura; luego regresaba a otro sector para trabajar con números. Los movimientos estaban regulados casi como una instrucción militar. Debían caminar en fila, guardar una distancia determinada, girar al mismo tiempo y ocupar rápidamente el nuevo lugar.

La escuela no era, por tanto, una sala silenciosa y quieta. Había un movimiento continuo de grupos, órdenes, repeticiones en voz alta y señales. Desde afuera podía parecer un gran taller o un cuartel. Juan María de la Mennais criticó precisamente este carácter mecánico y escribió que, en la escuela lancasteriana, los niños marchaban “al paso y en cadencia” como soldados.

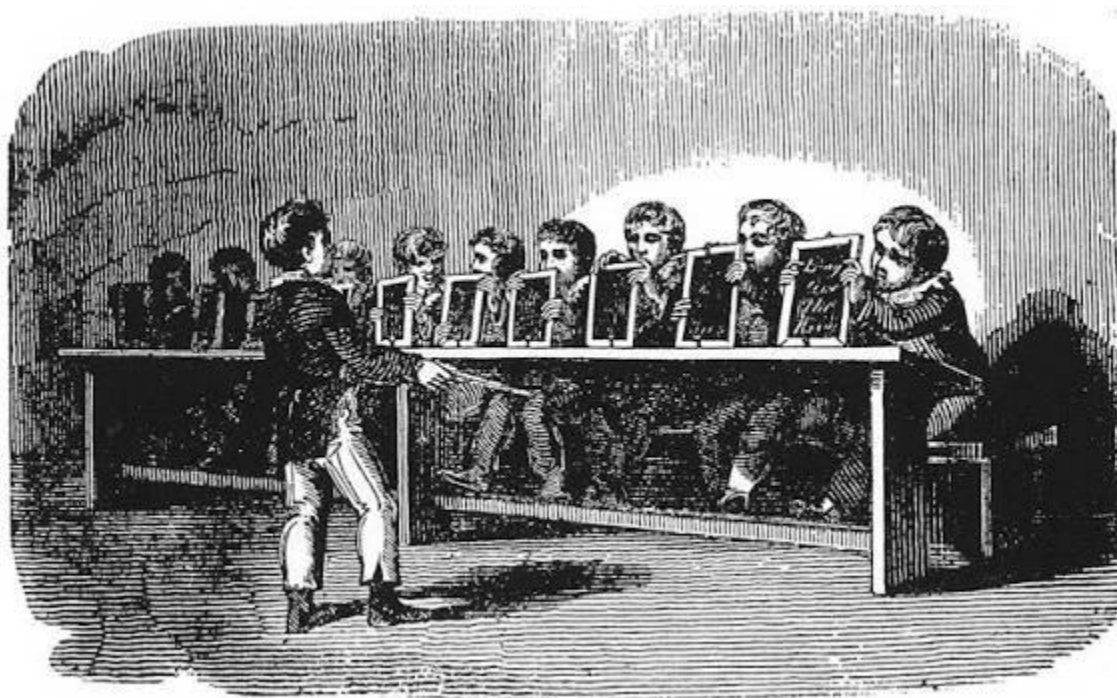
¿Cómo aprendían a leer?

Para la lectura, los alumnos se reunían en pequeños semicírculos frente a los grandes carteles colocados en las paredes. El monitor señalaba con una varilla una letra, una sílaba o una palabra. Los niños debían nombrarla o leerla, muchas veces en coro.

Los principiantes comenzaban reconociendo las letras. Luego pasaban a las sílabas, las palabras y las frases. Los más avanzados leían textos completos. La enseñanza se apoyaba mucho en la repetición, la memoria y la imitación.

Cada alumno tenía un lugar determinado dentro del grupo. Quien respondía correctamente podía adelantar una posición; quien se equivocaba podía ser desplazado hacia atrás. Así, la ubicación visible de cada niño mostraba su rendimiento. Esto provocaba una competencia permanente por ocupar los primeros puestos.

Los libros eran escasos. Los promotores del sistema consideraban una ventaja que muchos alumnos pudieran aprender con unos pocos carteles. Era una forma económica de multiplicar la enseñanza, pero limitaba el contacto personal del niño con los textos.



La enseñanza de la escritura

La escritura se aprendía al mismo tiempo que la lectura, una innovación importante para aquella época. Los principiantes no siempre utilizaban papel, porque era costoso. Podían practicar trazando letras con el dedo sobre una mesa cubierta con una fina capa de arena.

El monitor dibujaba una letra y los niños la copiaban. Después borraban la superficie y repetían el ejercicio. Cuando adquirían mayor destreza, pasaban a las pizarras individuales y finalmente al papel, utilizando pluma y tinta.

El trabajo se realizaba siguiendo modelos muy precisos. Todos debían comenzar y terminar casi simultáneamente. El monitor revisaba las pizarras o los cuadernos y señalaba los errores más evidentes.

El aprendizaje del cálculo

En aritmética también se utilizaban carteles y pizarras. Los alumnos aprendían primero los números y luego las operaciones elementales: suma, resta, multiplicación y división.

El monitor presentaba una operación, hacía preguntas y comprobaba las respuestas. En los niveles iniciales podían emplearse objetos, marcas o tablas; en los superiores se resolvían ejercicios escritos y problemas sencillos relacionados con situaciones prácticas: dinero, pesos, medidas o compras.

Como en lectura, el progreso dependía de superar una serie de grados. El alumno debía demostrar que dominaba determinado tipo de ejercicio antes de pasar al siguiente.

Premios, competencia y disciplina

La disciplina era indispensable porque un solo maestro debía controlar a cientos de niños. Por eso, todo estaba reglamentado: el modo de sentarse, levantarse, caminar, sostener la pizarra, responder y guardar silencio.

Los monitores informaban las faltas. En algunas escuelas existían registros de buena y mala conducta, distintivos, billetes de mérito o puntos que podían cambiarse por pequeños premios. También se utilizaban cuadros de honor y se reconocía públicamente a los alumnos más aplicados.

La competencia ocupaba un lugar central. Los niños buscaban adelantarse dentro del grupo, alcanzar un nivel superior o ser nombrados monitores. Esto podía estimular el esfuerzo, pero también generaba rivalidad, delación y una preocupación excesiva por la clasificación.

Incluso llegaron a existir jurados formados por alumnos para examinar determinadas faltas. Esta participación de los niños en el gobierno escolar fue vista por algunos como un aprendizaje de responsabilidad y por otros como una peligrosa inversión del orden natural.



Las sanciones en la escuela mutua

Los castigos en la escuela lancasteriana eran, sobre todo, públicos, humillantes y destinados a mantener el orden entre cientos de alumnos. Joseph Lancaster afirmaba que los castigos corporales debían reemplazarse por sanciones morales y por un sistema de premios, puntos y competencia. Por tanto, pegar a los alumnos no formaba oficialmente parte esencial del método. Pero lo cierto es que se pegaba. Y pegaban también los hermanos en sus escuelas, que no eran mutuas. Juan María muchas veces les tuvo que recordar que ese no es un método adecuado para educar a los niños.

En las escuelas mutuas, el monitor debía registrar la falta y comunicarla al maestro. El monitor no tenía, en principio, derecho a golpear. Era el maestro quien decidía finalmente el castigo o la recompensa. Los castigos más frecuentes eran perder el lugar dentro del grupo, lo cual se hacía de modo público, perder puntos o premios, permanecer separado en un rincón, quedarse después de clase, repetir una tarea, llevar un cartel infamante que decía: ‘perezoso’, ‘mentiroso’, ‘desobediente’ o ‘hablador’ o el castigo físico, que se hacía con la palmeta. Algunas escuelas organizaron pequeños tribunales infantiles. Los compañeros examinaban la falta y proponían una sanción, aunque la decisión final correspondía al maestro.

También los monitores eran castigados cuando no cumplían su deber; el peor castigo era ser degradado, perder el rol y pasar a ser un alumno común.

En las primeras escuelas dirigidas por Lancaster se mencionan castigos mucho más extravagantes y humillantes. Por ejemplo: colocar al niño dentro de un saco o una canasta y suspenderlo durante un tiempo; sujetarle al cuello un pesado trozo de madera; atarle las piernas con piezas de madera; ponerlo en una especie de jaula o lugar de exposición; obligarlo a permanecer inmóvil; hacerlo desfilar con un cartel que anunciaba públicamente su falta.



Estos procedimientos buscaban producir vergüenza. Desde nuestra sensibilidad actual eran claramente crueles. Lo más problemático quizá no era un castigo concreto, sino que buena parte de la vigilancia estaba en manos de los monitores. Un niño podía controlar, denunciar y corregir a sus compañeros. Y ya sabemos lo que pasa cuando los mismos niños lo hacen; la objetividad no es su fuerte. Esto solía provocar abusos de autoridad, rivalidades entre compañeros, acusaciones y delaciones, humillación de los alumnos con mayores dificultades, obediencia basada en el miedo a perder el puesto, etc.

A la base del sistema estaba la emulación, es decir, incentivar al chico a que sea mejor que sus compañeros. Quien respondía bien adelantaba lugares, recibía puntos y premios y podía llegar a ser monitor. Quien fallaba, retrocedía, perdía privilegios y era públicamente señalado. Por eso, más que basarse exclusivamente en castigos físicos, el sistema se apoyaba en la competencia, la vergüenza, la pérdida o ganancia de rango y la vigilancia colectiva. No era un sistema agradable, permitía muchas injusticias, muchos niños la pasaban realmente mal y otros aprovechaban para burlarse y vengarse.

¿Qué relación tenía el alumno con el maestro?

La mayoría de los alumnos tenía muy poco contacto directo con el maestro. El niño escuchaba principalmente a su monitor, quien era otro alumno. El maestro observaba desde su plataforma, impartía las órdenes generales, formaba a los monitores, resolvía las dificultades que estos no podían solucionar y castigaba.

Esa era una gran debilidad señalada por Juan María de la Mennais y por otros defensores de la enseñanza simultánea. Consideraban que el maestro no debía limitarse a organizar el aprendizaje, sino que tenía que conocer, educar y acompañar personalmente a sus alumnos. Eso de que los niños fueran maestros de sus compañeros, puede ser bueno ocasionalmente, pero convertirlo en sistemático tiene graves inconvenientes. De hecho, este sistema funcionó una quincena de años en Francia. Luego, viendo los problemas que ocasionaba, se cambió por el sistema que usaban los hermanos.

El final de la jornada

Al terminar las actividades, los monitores debían informar al maestro sobre los progresos, las ausencias y las faltas de sus grupos. Se registraban los cambios de nivel y se concedían premios o sanciones. Luego se recogían las pizarras, las varillas y los carteles. A una nueva señal, los niños se ponían de pie, se ordenaban en filas y salían de la misma manera ordenada en que habían entrado.

El alumno había pasado la jornada alternando ejercicios muy breves de lectura, escritura y cálculo; desplazándose de un grupo a otro; repitiendo fórmulas; obedeciendo las señales y sometándose a la vigilancia de otros niños. Si era aplicado, podía avanzar rápidamente y convertirse él mismo en monitor.

Valoración general

La escuela mutua tuvo un mérito histórico indudable: hizo posible escolarizar rápidamente a numerosos niños pobres cuando faltaban maestros, edificios, libros y recursos económicos. Introdujo las pizarras individuales, la escritura sobre arena, los carteles colectivos, la clasificación por niveles y cierta movilidad según el progreso personal. En Francia, una clase podía reunir varios cientos de alumnos, organizados generalmente en ocho niveles y dirigidos mediante señales visuales y sonoras.

Sin embargo, su funcionamiento era excesivamente mecánico. La necesidad de controlar a tantos niños obligaba a multiplicar las órdenes, los movimientos uniformes, la repetición y la vigilancia. Los monitores podían transmitir ejercicios, pero difícilmente reemplazaban a un maestro formado.

El día de un alumno estaba rigurosamente organizado, pero la relación humana con el educador adulto era muy limitada. Se podía aprender a reconocer letras, copiar palabras o realizar operaciones, aunque resultaba más difícil recibir una verdadera educación intelectual, moral y religiosa.

Pero la falla principal estaba en la formación integral. Los chicos aprendían conocimientos, pero no valores; rezaban, pero no alimentaban su fe. La gran fortaleza de las escuelas de los Hermanos era la dirección sabia y firme de un adulto, cercana y cariñosa a la vez, ejemplo de vida virtuosa, que sabía mucho más que sus alumnos y que podía transmitir su fe por su propia vivencia personal.

La escuela que soñaba y creó Juan María no era una máquina para instruir niños, sino una comunidad en la que un verdadero educador acompañaba personalmente su crecimiento. En ella se formaba a la persona entera mediante la presencia, el ejemplo, la fe y el afecto del maestro.

